

ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Octubre de 2010.

III.- La Santa Misa.- La liturgia eucarística

La Liturgia eucarística comienza con *la presentación de las ofrendas*, en la que son llevados al altar los mismos alimentos que Cristo tomó en sus manos durante la última cena: el pan y el vino. “Es la acción misma de Cristo en la última Cena, “tomando pan y una copa”.

Todos los Domingos y días de precepto, nosotros –el pueblo cristiano- nos congregamos en torno al Altar, para participar, para vivir con Cristo, la Eucaristía. ¿Somos conscientes de lo que tiene lugar en el Altar, delante de nuestros ojos?

Estamos viviendo un mandato que el mismo Cristo Nuestro Señor desea que realicemos hasta el fin de los tiempos: “Haced esto en conmemoración mía”.

Para ayudarnos a entender mejor lo que sucede en los momentos de la celebración, podemos considerar que la Santa Misa se celebra en la tierra y en el cielo. En la tierra; y a la vez, fuera del espacio y del tiempo.

Fuera del espacio, porque se vive también ante la Santísima Trinidad; como si el lugar donde nos reunimos fuera ya una parte del cielo.

Fuera del tiempo, porque la duración de la Eucaristía no se mide por esos treinta, veinticinco, treinta y cinco minutos que avanzan las manecillas del reloj, sino que tiene una dimensión de eternidad, porque la vivimos con Cristo Resucitado, que ya vive eternamente en el cielo, ante Dios Padre y en unión con el Espíritu Santo.

¿Qué hacemos nosotros?

“Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la *colecta*, siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1351).

Y nos ofrecemos especialmente nosotros mismos: nuestros afectos, nuestras acciones, nuestros trabajos. El creyente ofrece la Misa en virtud de su “sacerdocio común”, como un actor del acontecimiento, porque “celebra” la Misa con el mismo Cristo, y Cristo la celebra en el interior del espíritu de cada cristiano.

Después de ofrecernos así con Cristo, vivimos especialmente con Él la acción de gracias a Dios Padre: “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte

gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro” (Prefacio).

El sacerdote, con Cristo y en su nombre, ruega a Dios Padre, que acepte en su bondad “esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa; ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos”.

Después, dirige su petición a Dios Padre, para que “santifique por el Espíritu Santo estos dones que hemos separado para ti (el pan y el vino), de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios”.

“Haced esto en conmemoración mía”. Con estas palabras termina el sacerdote la Consagración del pan y del vino. Consagración que sólo él, por su ordenación sacerdotal, está autorizado a pronunciar sacramentalmente en nombre y en la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Con las palabras de la Consagración se realiza el grandioso misterio, el Milagro de la Trasubstanciación. Aunque sobre el Altar permanecen las apariencias del pan y del vino, desde el instante de la Consagración, el pan es ya el Cuerpo de Cristo; y el vino, la Sangre de Cristo. Allí está Cristo entero, “con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y su Divinidad”.

* * * * *

Cuestionario.-

-¿Nos unimos a la acción del sacerdote, y nos ofrecemos también nosotros, nuestros trabajos, nuestras dificultades, y unirlos así a la Pasión y Muerte de Cristo?

-¿Damos gracias a menudo por poder vivir la Santa Misa con Cristo, en Cristo, por Cristo?

-¿Renovamos con frecuencia nuestra fe en la Transubstanciación, por la que Cristo está verdadera y realmente presente en el altar después de la Consagración?

ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Noviembre de 2010.

IV.- La Santa Misa.- El sacrificio de la Eucaristía

Cristo, que nos “ama hasta el fin”, se ofrece en sacrificio por nosotros.

“El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: ‘Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros` y ‘Esta copa es la nueva Alianza de mi sangre, que será derramada por vosotros` (Lc 22. 19-20). En la Eucaristía, Cristo ofrece por nosotros el mismo cuerpo que entregó en la cruz, y la misma sangre que ‘derramó por muchos para remisión de los pecados’” (Mt 26, 28) (Catecismo, n. 1365).

En estas palabras de la Consagración queda bien de manifiesto una verdad que no debemos olvidar nunca: que la Eucaristía es un sacrificio. Cristo muere para obtener de Dios Padre el perdón de nuestros pecados. Y así nos da a conocer el inmenso y misericordioso amor que Dios Padre nos tiene: “Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito” (Juan 3, 16).

“La Eucaristía es un sacrificio porque re-presenta (hace presente) el sacrificio de la Cruz, porque es su memorial y aplica su fruto” (Catecismo n. 1366).

En la Institución de la Eucaristía, y como fruto de ese Amor, Cristo anuncia ya su Resurrección “para la remisión de los pecados”, que lleva consigo la “remisión de la muerte”, último enemigo que ha de vencer, y que es fruto del pecado. El pecado no quedaría vencido del todo, si no quedara derrotada la muerte para siempre.

El sacrificio de la Misa pone delante de nuestros ojos la Cruz de Cristo, y nos recuerda que la Cruz pertenece al misterio divino de la salvación. La Cruz es la manifestación de ese “amor hasta el fin”, que Cristo vivió entregándose por nosotros, libre y voluntariamente.

En la Misa, Cristo nos invita a unirnos a su Cruz, para redimir con Él, y gozar ya aquí en la tierra de un adelanto de la Resurrección; de la misma Resurrección. El seguimiento de Cristo viviendo la Misa es participación en su Cruz, es unión con su Amor. Por eso, viviendo la Misa, nuestra vida se transforma: morimos en la Cruz al pecado; y vivimos en la Eucaristía, la Resurrección, la derrota de la muerte.

En la Eucaristía nace el hombre nuevo, creado según Dios. Quien omite la Cruz, quien abandona la Misa, olvida la esencia del cristianismo, la raíz más honda de nuestra

vida con Cristo, de nuestra unión con Dios. No descubrirá la luz de la Resurrección que vence a la muerte, porque no habrá muerto en la Cruz al pecado.

Después de lo que hemos reflexionado, nos podemos preguntar: Si la Eucaristía es un sacrificio, ¿se repite en el Altar el sacrificio del Calvario?

No. En el Altar se vive sacramentalmente el mismo sacrificio. Se hace “presente” el mismo sacrificio, que no se puede repetir, porque Cristo murió por nosotros una vez, y para siempre. El sacrificio del Calvario y el sacrificio de la Eucaristía, son el único y el mismo sacrificio. Así nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica: “En este divino sacrificio que se realiza en la Misa, el mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez de manera cruenta sobre el altar de la cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta” (n. 1367).

Cristo se sacrificó en la cruz “para redimirnos de nuestros pecados”. En la Resurrección nos redimió de la muerte, consecuencia del pecado. En la Santa Misa, el Señor presenta cada día a Dios Padre el mismo sacrificio de la cruz, y la victoria de la Resurrección, “para que todos alcancemos la salvación”, y podamos gozar eternamente de su gloria en el Cielo.

* * * * *

Cuestionario.-

-¿Somos conscientes de que en la Misa Cristo ofrece su muerte en la Cruz, por la redención de nuestros pecados?

-En la Cruz, Cristo nos manifiesta el Amor que nos tiene Dios Padre. ¿Damos gracias a Cristo por ese Amor?

-Descubrimos muchas veces la cruz en nuestras vidas. ¿Sabemos que si vivimos esa cruz con Cristo en la Misa, viviremos también con Él, la resurrección?

ENCUENTROS CON CRISTO EUCARISTÍA

Diciembre de 2010.

V.- La Santa Misa. –El Sacramento de la Eucaristía

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Y después de ponernos todos en la presencia de la Santísima Trinidad, el sacerdote nos dice: “El Señor esté con vosotros”, y nos invita a pedir perdón por nuestros pecados.

¿Por qué? Vamos a oír la Palabra de Dios, y vamos a vivir con Cristo la memoria de su muerte y de su resurrección. ¿Qué mejor preparación que la de renovar nuestros deseos de no ofenderle nunca y darle gracias porque nos invita a vivir con Él? Y ¿cómo renovamos estos deseos? Arrepintiéndonos de nuestros pecados, rechazándolos de nuestro corazón; sólo así podremos gozar del triunfo de Cristo, enriquecernos con su Palabra, y alimentarnos de Él en la Comunión.

“Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1323).

Después de decirnos que la Santa Misa es sacramento y sacrificio, el Catecismo nos invita a considerar la Eucaristía bajo tres aspectos, que vivimos en la celebración litúrgica que hemos considerado:

- es una acción de gracias y alabanza a Dios Padre;
- es el memorial del Sacrificio de Cristo, ofrecido en reparación de los pecados;
- es la presencia de Cristo Resucitado, por el poder de su Palabra y la acción del Espíritu Santo.

En definitiva, el sacramento de la Eucaristía alimenta nuestra Fe en Cristo; nuestra Esperanza –“prenda de la gloria futura”- en el Cielo; y alimenta nuestra Caridad porque, sin pecado, recibimos el amor más grande de Dios: Cristo mismo en la Comunión.

Con palabras muy recordadas en la catequesis cristiana desde hace siglos, podemos decir que la Santa Misa es “un acto de adoración; de reparación, de petición de perdón y de acción de gracias”.

En el sacrificio eucarístico que celebramos no estamos solos con Cristo. Toda la creación es presentada a Dios Padre por Cristo Nuestro Señor, que la ha redimido con su muerte y resurrección. Toda la creación da gloria y alabanza a Dios. Y unidos a la Creación, todos nosotros. Al morir para la redención de nuestros pecados, Cristo glorifica a Dios Padre, y pone a sus pies, mejor, en su corazón, la vida de cada uno de nosotros, la vida de todos los seres creados.

Y, a la vez, la Iglesia, la ya triunfante en el Cielo; la que se purifica en el Purgatorio, y la que ama en la tierra, “expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. Eucaristía significa, ante todo, acción de gracias” (Catecismo, n. 1360).

Nuestra Misa es un canto de gloria y de alabanza, de toda la Creación a su Creador, que nosotros vivimos con Cristo, Hijo de Dios hecho hombre, y por “quien fueron creadas todas las cosas”. El Espíritu Santo mueve nuestros corazones en esta acción de alabanza. ¿Cómo vivimos esta alabanza? Después de rechazar el pecado en el acto penitencial; confesando a Dios todopoderoso, en unión con los coros de ángeles y de bienaventurados, al recitar el Gloria.

El final de la Plegaria Eucarística expresa claramente esta acción de adoración y alabanza que el hombre puede vivir, y que ofrece a Dios no sólo desde su propio corazón, sino desde el seno de la Santísima Trinidad.

“Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”.

Al vivir la Misa, toda la vida del cristiano, se convierte en un acto de adoración a Dios; de reparación; de petición y de profunda acción de gracias.

* * * * *

Cuestionario.-

-¿Vivimos con atención el acto penitencial, y pedimos de verdad perdón por nuestros pecados?

-¿Somos conscientes de que vivimos la Misa con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo?

-Adoración y alabanza a Dios. ¿No nos maravilla que toda la creación dé gloria a Dios, mientras se celebra la Santa Misa?